



A M A N D O
H U R T A D O
RESPUESTA MASÓNICA

Confidencias de un masón español

masonica.es

Respuesta Masónica

Edición revisada

Respuesta Masónica

Confidencias de un masón español

(Edición revisada)

AMANDO HURTADO


masonica.es

R

M

Respuesta Masónica

Confidencias de un masón español



SERIE ROJA

[AUTORES CONTEMPORÁNEOS]

masonica.es
EDICIONES DEL
ARTE REAL

PUEDE PEDIR ESTA OBRA EN:
www.masonica.es
O SOLICITARLA DIRECTAMENTE A
pedidos@masonica.es

*Ningún título de **masonica.es**
está descatalogado y todos ellos
se encuentran disponibles tanto en
formato papel como electrónico.*

Respuesta Masónica (Edición revisada)

editorial masonica.es®

SERIE ROJA (Autores contemporáneos)
www.masonica.es

© 2010 Amado Hurtado
© 2010 EntreAcacias, S.L.

EntreAcacias, S.L.
Apdo. de Correos 32
33010 Oviedo, Asturias (España/Spain)
Teléfono/fax: (+34) 985 79 28 92
Correo electrónico: info@masonica.es

2ª edición: mayo, 2014

ISBN (edición papel): 978-84-92984-10-7
ISBN (edición digital): 978-84-937392-01-5
Depósito Legal: B-9693-2010

Impreso por Ulzama
Impreso en España

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

A todos y a cada uno de cuantos

lean estas cartas.

Todos los hombres forman un solo cuerpo y
una sola alma.

GUILLERMO DE OCCAM
Venerable Iniciador
Opus nonaginta dierum

Índice

	<u>pág.</u>
Introducción	17
Quiénes somos	25
La tradición	33
Lo “trascendente” del hombre	39
La vida	47
La búsqueda	55
Género y polaridad	63
El método masónico	73
El sentido de la Iniciación	81
Los tres Grados Simbólicos	91
El sentido del ritual	99
La fe masónica	107
En la encrucijada	129
Modernidad y futuro	137
Élite e igualitarismo	145
Masonería y sociedad	155
Ciencia y técnicas	165
La masonería frente a la exclusión	173
¿Política masónica?	183

Lo secreto	191
El mito de Jirám	205
La Cadena de Unión	215
La Palabra Perdida	225
La redención	233
Cuerpo, alma y espíritu	243
La inmortalidad del alma	251
Logias libres	265
Dios y las tres Masonerías	271
Regularidad y rito	281
Una carta de Oswald Wirth	293
Un gallego universal	303
Así nació una Obediencia	309
La gran logia afroamericana Prince Hall	317
El auténtico contubernio	323
Los judíos, los masones, los comunistas y los Protocolos de Sión	329
El Símbolo Perdido	339
Masonería y música en el XVIII	347
Anexo: Sinopsis histórica española	361

R

M

Introducción

Lo que intento aquí es acercar al lector algunos temas puntuales considerados masónicamente. Todos ellos representan cuestionamientos que, tanto nuestros Aprendices como nuestros conciudadanos, se formulan respecto a la Masonería. Es obvio que no pretendo dar “la respuesta”, sino “responder” honradamente a esa demanda.

La Masonería antigua, la que, arraigada en el seno de las cofradías de constructores italianos, alemanes y franceses, pasara también a Inglaterra y Escocia y se transformara allí, durante los siglos XVII y XVIII, en una neomasonería del pensamiento, había quedado, como movimiento gremial específico, fuera del ámbito español. Aunque no pocos “masones libres” recorrieran nuestro suelo durante el Medioevo, colaborando en la edificación de los importantes templos góticos que en él se erigieron, y algunos se asentaron en España, no llegaron a concretarse en nuestros reinos los grupos de artesanos-artistas de la construcción a los que reyes y grandes señores laicos y eclesiásticos privilegiaran en el resto de Europa occidental con fueros profesionales como los que, referidos a Francia, recogía Boileau en su *Libro de los oficios* durante el siglo XIII. No es mi vocación, ni mi intención, analizar aquí las importantes razones que podrían explicar el diferente cauce de nuestra historia medieval, que uno de

nuestros historiadores notables ha llegado a describir como proceso de “castización” *sui géneris*.

Nuestra historia reciente, la del siglo que acaba de concluir y la del anterior, refleja un proceso de evolución peculiar en el contexto de los países que en este momento componen la Comunidad Europea. España siempre quedó relativamente apartada de las densas rutas de intercambio que facilitaron la germinación y rápida difusión de importantes movimientos surgidos en nuestro Continente. Por otra parte, todo lo que aquí no era autóctono había de pasar, doblemente, por rígidas cribas inquisitoriales. Sólo una vez, a lo largo de nuestra larga historia de vecindad, llegaron los franceses a ocupar realmente el país, haciéndolo dentro del marco de la gran explosión político-social que gestaron y expandieron por toda Europa. Aquella sacudida vino a representar un poderoso golpe de timón, porque casi nada volvió a ser igual aquí a partir de entonces.

Tan sólo algunas esporádicas logias neomasónicas — las de la Francmasonería constructora de pensamiento — formadas casi íntegramente por residentes extranjeros, habían logrado cuajar temporalmente en España durante el siglo XVIII. Fueron los militares franceses quienes, al calor de los talleres que entre ellos crearon durante la ocupación, alentaron la aparición de las primeras verdaderas logias españolas. Ilustra la importancia que aquel cauce militar tuvo en la transmisión de la masonería a España, el hecho de que la primera logia formada por españoles lo fuera por marinos de nuestra armada, en 1801 y en el puerto francés de Brest. Aquellos miembros de “La Reunión Española” pasaron destinados a Cádiz, ciudad que, como toda la región andaluza, ocupó un lugar preeminente en la historia de la masonería española.

Las logias militares habían tenido su origen en Inglaterra, donde el estuardismo hizo de ellas su baluarte más

específico. A través de las logias militares de los refugiados estuardistas, llegó a Francia una masonería politizada que, aunque pronto se fusionó con la masonería francesa, a la que dio vida, dejó en ella cierta impronta caballeresca. Contaba el país galo con una vieja tradición gremialista iniciática, en el *compagnonnage* de los constructores de oficio, de cuya savia supo también nutrirse fecundamente.

Creo que el nacimiento y primer desarrollo de nuestra masonería, en el seno de una sociedad convulsionada por los enfrentamientos militares a los que había llevado la expansión de una ideología revolucionaria, aderezada y alentada por Napoleón, que intentaba transformar la estructura socio-política de Europa, dejó aquí, al igual que en Portugal, en Italia y en Francia (en ésta última, con importantes rasgos diferenciadores), un impulso determinante de los derroteros masónicos que han caracterizado a lo que solemos llamar “masonerías latinas”, en la medida en que en todas ellas la sociedad no se hallaba confrontada con divergentes opciones religiosas, como lo había estado Inglaterra durante los siglos XVI y XVII, sino con el enfrentamiento entre lo que se empezaba a reconocer como “antiguo régimen” y lo que habría de ser el “nuevo”. Ciertamente el trono y el altar se entrelazaban en la configuración histórica del primero y la Iglesia Católica había constituido su exclusiva cátedra de pensamiento.

En nuestro país, salvo los anecdóticos precedentes del XVIII, la Masonería partía de cero a principios del siglo XIX. La Bula *In eminenti apostolatus seculi*, de Clemente XII, había decretado en 1738 la excomunión de los masones y la prohibición de la Orden en los países católicos. Ni en Francia ni en Austria se sancionó la Bula papal, por lo que en ambos prosiguió la vida de las logias con toda normalidad. En España pasó el tema a ser competencia de la Inquisición, a partir del decreto emitido por Fernando VI, en 1751. La primera Gran Logia Nacional de

España, administrada por Joaquín Ferreira, se constituyó en 1809, presidida por José Bonaparte. Nació de corazones anhelantes de libertad y de justicia, ciertamente. Sin embargo, la honrada y simple aspiración intelectual de realización de esos arquetipos no constituye en sí una iniciación. No es la Iniciación que la Masonería propone. Para que libertad y justicia no sean susceptibles de verse definidas arbitrariamente, aun por hombres de buena voluntad, es preciso que éstos “nazcan de nuevo”, como trato de explicar en estas páginas.

Me temo (y me duelo de ello) que nuestros masones decimonónicos, por los que siento una sincera ternura fraternal, perdieran de vista demasiado a menudo el horizonte iniciático de la Orden, inmersos en la frondosa selva social de aquella España nuestra, en la que la tarea más tentadora había de ser la adquisición de la dignidad ciudadana, si lo que se deseaba construir era la Fraternidad civil.

De lo expuesto puede deducirse que la aspiración masónica, única en su empeño existencial de conseguir una humanidad mejor, compuesta por hombres mejores, se fragmenta en masonerías o “modos de hacer” diversos. En nuestro país, como en todos los de nuestro entorno europeo, está entrando la Masonería en una nueva fase de su historia. Lo masónico no ha sido nunca estanco, porque representa un método de análisis perennemente aplicable. “Su renovación será más grandiosa y benéfica para la Humanidad de lo que fue la reforma con la que comenzó su segunda etapa”, había predicho Karl Ch. Friedrich Krause.

Otra característica destacable estriba en el hecho de que la Masonería Universal, la Orden Masónica, no tiene, afortunadamente, una estructura piramidal con una cúpula que coordine o “dicte” nada. La masonería, lo masónico, es una actitud vital que une a hombres libres y de buenas costumbres en el propósito común de iniciarse

en una vía evolutiva que les permita cambiar su forma de mirar la realidad inmediata, para ver más allá de ella. No propone ningún dogma, sino, bien al contrario, defiende el derecho y el deber de cuestionarlo todo. Por ello, son múltiples los puntos de vista desde los que puede considerarse cada aspecto de las cosas y múltiples las interpretaciones puntuales que pueden producirse y, de hecho, se producen en masonería. Pero que nadie se engañe: los masones estamos convencidos de que las diferencias, las oposiciones, son siempre y solamente elementos integrantes de la misma realidad estudiada. A partir de ahí, ponemos o debemos poner en marcha un poderoso elemento integrador de todas las cosas: el amor fraternal. Es éste el blanco que me agradaría más acertar con este pequeño trabajo.

Mi simbólico epistolario no contiene una exposición sistematizada de lo que es la Masonería, ni de su historia, ni de lo que se puede leer o no en el Archivo de Salamanca. Tan sólo resume las respuestas que un importante sector de la masonería europea está dando, en nuestros días, al viejo cuestionario de lo esencial. Con lo que trato de ofrecer al público interesado unos puntos de vista que compartimos gran número de masones, sobre temas concretos y con la misma espontaneidad y sinceridad con que los tratamos entre nosotros. La “respuesta” que ofrezco en cada caso no es la única posible, por supuesto, ya que para cada uno de los temas tratados, y de los no tratados, existe una amplia bibliografía masónica, desgraciadamente carente aún de traducción aquí, salvo escasas excepciones afortunadas de última hora.

Espero que la lectura de la carta de Oswald Wirth ponga de relieve que los masones no nos autocomplacemos, ni estamos satisfechos con nosotros mismos. Tanto la carta a Andrés (un impaciente), como las dirigidas a Javier (un político), a Carlos (un socialista), etc., son pinceladas que permiten observar la tonalidad de nuestros sentimientos y pensamientos respecto a temas puntuales de la

vida diaria. También podrían ser indicativas de las tendencias que muchos masones tratarían de mantener fuera de sus logias. Aconsejo que nadie se precipite en esa línea de conclusiones globales. Algunas otras cartas ponen de relieve la necesidad de reenfocar toda esa problemática social desde una reconstrucción íntima de la personalidad de cada individuo y éste me parece el mensaje más significativo que me permito proponer. No es nada nuevo, ciertamente. Pero opino que sólo la absoluta prioridad de ese planteamiento de retorno a las fuentes permitirá a la masonería española dar sentido a su futuro.

AMANDO HURTADO

Quiénes somos

Querido Juan:

La semana pasada recibí tu carta. Sé que tu curiosidad se aceleró desde que te dije que era masón y comprendo que tus preguntas respecto a la Masonería estén formuladas desde la perspectiva de la desinformación general existente sobre el tema.

Para comprender las respuestas que solemos dar los masones, sería conveniente que echases mano a tus recuerdos de juventud. Me dijiste, en cierta ocasión, que hubo un tiempo en que te apasionó la mitología griega.

Nuestra sensibilidad, al enfocar el mundo y sus grandes temas, es la que tuvieron siempre los que finalmente pudieron gritar "¡Eureka!". En realidad asumimos la actitud que dio origen a nuestra civilización. Para Pitágoras, Sócrates, Platón, y la pléyade de filósofos y sabios de la antigüedad que nuestra cultura ha reivindicado siempre como "padres" del pensamiento occidental, el misterio, es decir, lo encerrado u oculto, era una verdad arropada o encubierta. Requería un esfuerzo de reflexión. La deducción y la inducción eran posibles a partir de la "forma" en que el misterio era presentado, ya se tratase de palabras o de signos sintetizadores. No todo el mundo estaba dispuesto o era capaz de esforzarse en investigar y, quienes no lo hacían, solían aceptar "de buena fe" las explicaciones que otros, más inquietos y más acreditados, exponían al respecto. Como ahora, aproximadamente. Los conocimientos científicos de nuestro tiempo se presentan en forma de ecuaciones, que también son símbolos. Tales ecuaciones, razonadas y desarrolladas en prosa, que es nuestra forma habitual de transmisión, son resumidas luego para los "profanos". A veces, algunos de tales profanos traducen lo "revelado" en forma de novela, de guión cinematográfico o de poema sinfónico.

El respeto por el conocimiento de cuanto se relacionaba con la vida humana y con la evolución histórica del hombre hizo que ciertos mitos, o explicaciones popularizadas

de los misterios, fuesen “sagrados”. Hubo momentos en que sagrados misterios, como el de la germinación y crecimiento de la vida vegetal, por ejemplo, atrajeron el interés de miles de personas. En Eleusis se estudiaban, mediante un método ritualizado (escenificado), los misterios de Demeter, la Madre-Tierra. Los rituales debían realizarse meticolosa o “religiosamente”, a fin de que no se descuidase en la escenificación ningún detalle del conocimiento que se trataba de transmitir. Existían aspectos de éste que no podían escenificarse fácilmente y, por lo mismo, había diferentes grados de aproximación a ellos. La “iniciación” era una forma, también ritualizada o escenificada, de comenzar a mentalizar a los candidatos respecto al tema de estudio y al trabajo que vendrían obligados a realizar para cubrir las sucesivas etapas conducentes al conocimiento que deseaban alcanzar. No se trataba de una adquisición meramente intelectual, sino de un tipo de comprensión práctica, sentida interiormente, capaz de determinar gradualmente una nueva “actitud” vital.

La búsqueda meticolosamente practicada puede convertirse en lo que muchos han llamado después “religión”. El valor etimológico del término religión es doble: por una parte designa *lo que liga o vincula* y, por otra, *lo que se re-lee o revisa*. En definitiva, cumplir una obligación *religiosamente*, es lo mismo que cuidar los diversos aspectos que conlleva. Así es que *el proceso de análisis* de lo que haya de real tras lo que se nos presenta con una apariencia determinada, puede llamarse proceso religioso. De hecho, ciencia y religión fueron, en aquellos tiempos, una misma cosa. Dependió, después, de cómo y con qué talante se desarrollasen las sucesivas secuencias de la búsqueda el que ésta se convirtiera en una religión o una *sciencia* (=conocimiento), en el sentido en que hoy lo entendemos.

Incluso el Derecho nació así, poco más o menos, en Roma. El solicitante o demandante que acudía ante el

pretor romano para reivindicar un derecho, debía actuar religiosamente, repitiendo con exactitud el texto correspondiente de la Ley. Si cometía un error, la Ley no se hacía efectiva o “actuante”. Y es que también las leyes fundamentales de Roma eran sagradas, por pretender vincular al ciudadano con el arquetipo de Justicia que representaban. Su invocación se realizaba ritualmente o, en términos actuales, metódicamente. Como la reproducción literal de los textos, con sus pausas y cadencias, no era fácil, aparecieron los abogados, que “representaban”, a su vez, al cliente y recitaban por él la ley. Más tarde, se consideró que en la evocación del arquetipo podía prescindirse de la estricta materialidad del símbolo verbal. La finalidad de una ley justa sería que el valor en ella contenido pudiera quedar integrado culturalmente y florecer en el corazón de quienes aman la Justicia. Los corazones injustos alcanzan meramente un conocimiento intelectual de ella.

Sólo la ignorancia del fundamento de una práctica determinada hace que se llegue a traspasar la responsabilidad del conocimiento personal a otro u otros, a los que se acredita mayor capacidad. Por eso seguimos confiando en los médicos o en ciertos médicos. No es que hagamos mal, pero si no hubiera quienes prefieren acceder directamente al conocimiento de la Medicina, no habría médicos.

La práctica de ritos heredados y afincados en el seno de una cultura, como integrantes de ella, por personas que “confían” en su eficacia evocadora de fuerzas arquetípicas, sin buscar ya un conocimiento, sino simplemente creyendo en la posibilidad de “usar” esas fuerzas o poderes a través de tales ritos, sería *magia*. El concepto se aproxima bastante al que dio nacimiento a las religiones y los sacerdocios. Quienes realizaban ofrendas a Artemisa o quienes ponen velas a San Antonio para encontrar novio no eran ni son, precisamente, buscadores de conocimiento, sino “creyentes”. Sin embargo, ni la mitología

griega, ni la católica son tan pueriles como tales actitudes pueden parecer. Detrás de esas búsquedas de contacto con fuerzas supuestamente superiores a las nuestras, sigue latiendo sordamente el afán de ascender hacia lo arquetípico, aunque sin comprender que los arquetipos humanos se hallan en nosotros mismos.

Así, pues, querido Juan, la Masonería no es una “religión” o un simple sucedáneo, sino un Arte de construir el pensamiento. Nos iniciamos en el Arte Real para aprender a utilizar unas herramientas simbólicas que representan nuestras propias virtudes. Progresamos en el aprendizaje a través de escenificaciones rituales, como los antiguos, porque seguimos pensando que son los conocimientos “vividos” en fraternidad los que hacen que seamos capaces de modificar actitudes comprobadas como negativas y rechazar o asumir como propias las que se nos presentan como positivas. El conocimiento eficaz es aquel que nos enriquece. No la simple acumulación o almacenamiento de datos. Queremos sentirnos herederos del talante que caracterizó a los antiguos constructores de templos y catedrales, imitadores de la naturaleza, cuyas leyes observaban y trataban de imitar sabiamente, creando nuevas formas, con escuadra, compás, regla, plomada, mazo y cincel. Cada una de las piedras utilizadas llevaba la marca personal de quien se había identificado con ella en su trabajo.

Por eso, los masones queremos usar el utillaje humano (el que llevamos dentro, como hombres) en convivencia con los demás y siguiendo un proceso o rito. Pensamos que nuestro aprendizaje real debe hacernos mejores personalmente y, con ello, con el uno a uno, tratamos de que mejore, en su conjunto, el gran edificio de la humanidad. Tal es nuestro ideal o nuestra utopía. En ese camino de iniciación, no siempre, ni todos, llegamos a la meta.

Un periodista conocido me ha pedido que le facilite algunos datos sobre nuestra Orden. Confío en que no pu-

blique lo que “entresaque” de mi información, como han hecho otros, presentando versiones propias de un tema que desconocen. Te enviaré copia.

Recibe un cordial abrazo.

AMANDO

La tradición

Querido Joaquín:

Estoy relejendo tu libro La Isla del Ensueño, que me fascina. Te he dicho repetidamente que tu prosa es siempre auténtica poesía. Lo reitero.

Sé lo que nuestra Tradición representa para ti y cuánto te agradan los pequeños detalles que de ella han quedado plasmados en nuestros trabajos ritualizados, como testimonios escenificados de un saber primordial...

Creo que en la Iniciación hay un compromiso con uno mismo que no adquiere su verdadera dimensión, su verdadera amplitud, sino cuando se convierte en compromiso con los demás. Por eso, nuestra Tradición viene a ser verdaderamente filiación, transmisión, a la vez vertical y horizontal, en el tiempo y en el espacio, de un conocimiento fundado sobre mitos que traducen la inmanencia de la naturaleza humana y la consciencia de sus problemas existenciales, a través del tiempo y la evolución.

Esa visión de la tradición diseña una identidad, una imagen del hombre, que borra el color de la piel y las diferencias culturales, haciendo del "otro" un alter ego, un otro "yo mismo" a quien debo hacer justicia. La metafísica se produce donde se producen las relaciones sociales de nuestros contactos humanos. El *otro* es también manifestación de esa Gran Causa universal que queda para nosotros más allá de la física percible.

Con esta reflexión nos situamos lejos de la separación ilusoria entre una Masonería humanista y una Masonería espiritualista. Precisamente por ser humanista desde su origen y porque trabaja por mejorar la condición humana, conlleva la Masonería una dimensión *espiritual* indisoluble de su propia naturaleza. El hombre es indisolublemente materia y espíritu, porque es un todo coherente, a semejanza del Universo y porque su aspiración confusa a lo que le supera, a lo que le trasciende, es inseparable del conjunto en que cada hombre consiste. Detrás

de las formas visibles se perfila una arquitectura secreta, como si el ser viviente representase la ejecución de un propósito. La espiritualidad masónica no procede de una revelación: está en la aspiración al conocimiento mediante la búsqueda de la verdad.

La idea misma del Gran Arquitecto del Universo viene a ser principio de inteligibilidad del mundo. Idea que conduce hacia una sabiduría. No se trata de comprender el orden del mundo a través de una visión puramente contemplativa, sino de contribuir a instaurar ese orden universal a través de la ley moral. Y toda moral supone el desenmascaramiento de falsos dioses, el derribo de ídolos, de mentiras denunciadas y de ilusiones perdidas... Toda moral supone libertad, justicia, fraternidad, siempre por alcanzar, nunca rematadas.

La Orden, nuestro orden, se basa en la fraternidad. Ese orden se inscribe en el orden del mundo y es iniciático porque tiene un sentido profundo que descifrar, que nos trasciende y que vamos desbrozando paso a paso, con un propósito, con un método. Con lo que llamamos un *ritual*.

Todo eso es nuestra Tradición: si la inteligencia comprende, si el corazón se abre, y sentimos que lo contrario de la fraternidad no es la hostilidad, sino la indiferencia, viviremos la auténtica espiritualidad.

Recibe, Joaquín, mi triple abrazo.

AMANDO